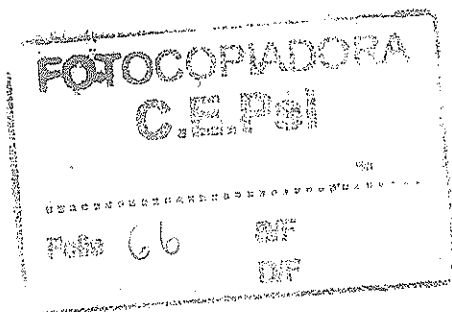


Formulaciones sobre los dos
principios del acaecer psíquico
(1911)



Nota introductoria

«Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens»

Ediciones en alemán

- 1911 *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, 3, nº 1, págs. 1-8.
1913 *SKSN*, 3, págs. 271-9. (1921, 2ª ed.)
1924 *GS*, 5, págs. 409-17.
1931 *Theoretische Schriften*, págs. 5-14.
1943 *GW*, 8, págs. 230-8.
1975 *SA*, 3, págs. 13-24.

Traducciones en castellano *

- 1930 «Los dos principios del suceder psíquico». *BN* (17 vols.), 14, págs. 249-57. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, 14, págs. 257-65. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), 2, págs. 403-6. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, 14, págs. 199-205. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), 2, págs. 495-8. El mismo traductor.
1972 «Los dos principios del funcionamiento mental». *BN* (9 vols.), 5, págs. 1638-42. El mismo traductor.

Según el doctor Ernest Jones, Freud comenzó a planear este artículo en junio de 1910, y trabajó en él simultáneamente con el historial de Schreber (1911c), aunque avanzaba lentamente. El 26 de octubre habló sobre el tema en

* (Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xv y n. 6.)

la Sociedad Psicoanalítica de Viena, encontrando poco interés en el público; él mismo quedó insatisfecho con su exposición. No fue sino en diciembre que comenzó a poner el trabajo por escrito. Estuvo listo a fines de enero de 1911, pero no se lo publicó sino varios meses más tarde, ocasión en que apareció en el mismo número del *Jahrbuch* que contenía el caso Schreber.

Con este conocido artículo —uno de los clásicos del psicoanálisis— y la tercera sección, casi contemporánea, del historial de Schreber, Freud retomó, tras un intervalo de más de una década, el examen de las hipótesis teóricas generales que conllevaban sus hallazgos clínicos. Su primer gran intento de emprender un examen de esa índole fue, revestido de terminología cuasi-neurológica, su «Proyecto de psicología» de 1895, que, empero, no se publicó durante su vida (Freud, 1950a). En el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a) expuso un conjunto de hipótesis muy similares, aunque esta vez en términos puramente psicológicos. Gran parte del material del presente artículo (en especial el comienzo) deriva en forma directa de esas dos fuentes. Impresiona como si tuviera el carácter de una recapitulación. Es como si Freud hubiera reunido para someter a su propia inspección, por así decir, las hipótesis fundamentales de un período anterior, y las preparara a fin de que le sirvieran como base para los grandes esclarecimientos teóricos que sobrevendrían en el futuro inmediato —p. ej., el trabajo sobre el narcisismo (1914c), y la importante serie de escritos metapsicológicos (1915c, 1915d, 1915e, 1917d, 1917e).

La presente exposición de sus concepciones es harto condensada y aun hoy difícil de asimilar. Aunque ahora sabemos que en ella poco afirmaba Freud que no hubiera estado presente en su mente desde mucho tiempo atrás, en el momento de su publicación debe de haber impresionado a sus lectores como un desconcertante cúmulo de novedades. Verbigracia, los párrafos del acápite 1, en págs. 225-6, tenían que resultar oscuros a quienes no estuviesen ya familiarizados con el «Proyecto» ni con los escritos metapsicológicos, y se vieran obligados a extraer la poca luz que pudieran de unos pasajes de *La interpretación de los sueños* casi igualmente condensados y bastante asistemáticos. No es de sorprender que los primeros oyentes de este trabajo mostraran poco interés.

Su tema principal es la diferenciación entre los dos prin-

principios reguladores —el principio de placer y el principio de realidad— que dominan, respectivamente, los procesos psíquicos primario y secundario. De hecho, esta tesis ya había sido enunciada en la sección 1, parte I, del «Proyecto» (*AE*, 1, págs. 339-42), y desarrollada en las secciones 15 y 16, parte I, y al final de la sección 1, parte III (*ibid.*, págs. 370-5 y 418-20). Volvió a discutírsela en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*AE*, 5, págs. 558-9, y 588 y sigs.). Pero el tratamiento más cabal del asunto quedaría reservado para «Complemento meta-psicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d* [1915]), escrito unos tres años después que el presente trabajo, y en cuya «Nota introductoria» (*AE*, 14, págs. 217 y sigs.) se hallará una reseña más detallada de la evolución de las concepciones de Freud sobre la actitud psíquica frente a la realidad.

Hacia el fin del artículo se plantean otros temas conexos, cuyo desarrollo (como el del tema principal) se deja para una investigación ulterior. En verdad, como señala el propio Freud, todo el trabajo tiene un carácter preliminar y exploratorio, pero esto no menoscaba su interés.

James Strachey

Desde hace tiempo hemos observado que toda neurosis tiene la consecuencia, y por tanto probablemente la tendencia, de expulsar al enfermo de la vida real, de enajenarlo de la realidad.¹ Un hecho de esta naturaleza no podía escapar a la observación de P. Janet; él habló de una pérdida «de la fonction du réel» {«de la función de lo real»} como rasgo particular de los neuróticos, pero lo hizo sin establecer el nexo de esta perturbación con las condiciones básicas de la neurosis.²

El introducir el proceso de la represión (esfuerzo de desalojo y suplantación) en la génesis de la neurosis nos ha permitido discernir ese nexo. El neurótico se extraña de la realidad efectiva porque la encuentra —en su totalidad o en algunas de sus partes— insoportable. El tipo más extremo de este extrañamiento de la realidad objetiva nos lo muestran ciertos casos de psicosis alucinatoria en los que debe ser desmentido el acontecimiento que provocó la insania (Griesinger).³ Ahora bien, eso es justamente lo mismo que hace todo neurótico con una parcela de la realidad objetiva.⁴ Así, se nos impone la tarea de investigar en su desarrollo la relación del neurótico, y en general del

¹ [Este concepto —aunque expresado en la frase «refugio en la psicosis»— aparece ya en «Las neuropsicosis de defensa» (1894a), AE, 3, pág. 60. La frase «refugio en la enfermedad» se presenta en «Apreciaciones generales sobre el ataque histérico» (1909a), AE, 9, pág. 209.]

² Janet (1909).

³ [W. Griesinger (1817-1868) era un conocido psiquiatra berlinés de una generación anterior, muy admirado por Meynert, el maestro de Freud. El pasaje a que alude el texto es, sin duda, el que Freud menciona tres veces en *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, págs. 113, 153 y 243, n. 6, y nuevamente en su libro sobre el chiste (1905c), AE, 8, pág. 163. En ese pasaje, Griesinger (1845, pág. 89) llamó la atención sobre el hecho de que tanto las psicosis como los sueños tenían la naturaleza de un cumplimiento de deseo.]

⁴ Otto Rank (1910b) ha señalado hace poco una vislumbre asombrosamente clara de esta causación en un pasaje de Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación* [parte II (suplementos), capítulo 32].

hombre, con la realidad, y de tal modo incorporar el significado psicológico del mundo exterior real-objetivo a la ensambladura de nuestras doctrinas.

Dentro de la psicología fundada en el psicoanálisis nos hemos habituado a tomar como el punto de arranque los procesos psíquicos inconcientes, de cuyas peculiaridades devenimos consabedores por el análisis. Los juzgamos los más antiguos, los primarios, relictos de una fase del desarrollo en que ellos eran la única clase de procesos anímicos. La tendencia principal a que estos procesos primarios obedecen es fácil de discernir; se define como el principio de placer-displacer (o, más brevemente, el principio de placer).⁵ Estos procesos aspiran a ganar placer; y de los actos que pueden suscitar displacer, la actividad psíquica se retira (represión). Nuestros sueños nocturnos, nuestra tendencia de vigilia a esquivar las impresiones penosas, son restos del imperio de ese principio y pruebas de su jurisdicción.

Retomo ilaciones de pensamiento que he desarrollado en otro lugar,⁶ suponiendo ahora que el estado de reposo psíquico fue perturbado inicialmente por las imperiosas exigencias de las necesidades internas. En ese caso, lo pensado (lo deseado) fue puesto {*setzen*} de manera simplemente alucinatoria, como todavía hoy nos acontece todas las noches con nuestros pensamientos oníricos.⁷ Sólo la ausencia de la satisfacción esperada, el desengaño, trajo por consecuencia que se abandonase ese intento de satisfacción por vía alucinatoria. En lugar de él, el aparato psíquico debió resolverse a representar las constelaciones reales del mundo exterior y a procurar la alteración real. Así se introdujo un nuevo principio en la actividad psíquica; ya no se representó lo que era agradable, sino lo que era real, aunque fuese desagradable.⁸

⁵ [Parece ser esta la primera oportunidad en que se consigna «principio de placer»; en *La interpretación de los sueños* (1900a) se lo denomina siempre «principio de displacer» (cf., p. ej., AE, 5, pág. 589).]

⁶ En la sección general de *La interpretación de los sueños*. [O sea, en el capítulo VII; véase, en especial, AE, 5, págs. 557-9 y 587 y sigs. Pero lo que sigue es anticipado en su mayor parte en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950a); p. ej., AE, 1, págs. 362-4 y 370-2.]

⁷ El estado del dormir puede proporcionarnos el retrato de la vida anímica antes del reconocimiento de la realidad objetiva (*Realität*), porque aquel tiene como premisa la deliberada desmentida de esta (deseo de dormir).

⁸ Intentaré completar con algunas puntualizaciones la esquemática exposición del texto. Con razón se objetará que una organización así, esclava del principio de placer y que descuida la realidad objetiva del

Este establecimiento del *principio de realidad* resultó un paso grávido de consecuencias.

1. En primer lugar, los nuevos requerimientos obligaron a una *serie* de adaptaciones del aparato psíquico que nosotros, por tener un conocimiento insuficiente o inseguro, sólo podemos señalar de manera en extremo sumaria.

Al aumentar la importancia de la realidad exterior cobró relieve también la de los órganos sensoriales dirigidos a ese mundo exterior y de la *conciencia* acoplada a ellos, que, además de las cualidades de placer y displacer (las únicas que le interesaban hasta entonces), aprendió a capturar las cualidades sensoriales. Se instituyó una función particular, la *atención*,⁹ que iría a explorar periódicamente el mundo exterior a fin de que sus datos ya fueran consabidos antes que se instalase una necesidad interior inaplazable. Esta actividad sale al paso de las impresiones sensoriales en lugar de aguardar su emergencia. Es probable que simultáneamente se introdujese un sistema de *registro* que depositaría los resultados de esta actividad periódica de la conciencia —una parte de lo que llamamos *memoria*—.

En lugar de la represión, que excluía de la investidura a

mundo exterior, no podría mantenerse en vida ni por un instante, de suerte que ni siquiera habría podido generarse. Sin embargo, el uso de una ficción de esta índole se justifica por la observación de que el lactante, con tal que le agreguemos el cuidado materno, realiza casi ese sistema psíquico. Es probable que alucine el cumplimiento de sus necesidades interiores; denuncia su displacer, a raíz de un acrecentamiento de estímulo y una falta de satisfacción, mediante la descarga motriz del berreo y pataleo, y tras eso vivencia la satisfacción alucinada. Más tarde, el niño aprende a usar estas exteriorizaciones de descarga como medio de expresión deliberada. Y puesto que el cuidado que se brinda al lactante es el modelo de la posterior providencia ejercida sobre el niño, el imperio del principio de placer sólo llega a su término, en verdad, con el pleno desasimiento respecto de los progenitores. — Un buen ejemplo de sistema psíquico separado de los estímulos del mundo exterior, y que puede satisfacer aun sus necesidades de nutrición de manera autista (para emplear un término de Bleuler [1912]), nos lo proporciona el pichón encerrado dentro de la cáscara del huevo con su acopio de alimento, al cual el cuidado materno se limita a aportarle calor. — No lo consideraré enmienda, sino sólo ampliación del esquema aquí examinado, que se exija, para el sistema que vive según el principio de placer, unos dispositivos por medio de los cuales se pueda sustraer de los estímulos de la realidad. Estos dispositivos son sólo el correlato de la «represión», que trata los estímulos de displacer internos como si fueran externos, y por tanto los echa al mundo exterior.

⁹ [Se hallarán algunos comentarios sobre las concepciones de Freud acerca de la atención en una nota mía de «Lo inconciente» (1915e), AE, 14, pág. 189.]

algunas de las representaciones emergentes por generadoras de displacer, surgió el *fallo*¹⁰ imparcial que decidiría si una representación determinada era verdadera o falsa, vale decir, si estaba o no en consonancia con la realidad; y lo hacía por comparación con las huellas mnémicas de la realidad.

La descarga motriz, que durante el imperio del principio de placer había servido para aligerar de aumentos de estímulo al aparato anímico, y desempeñaba esta tarea mediante inversiones enviadas al interior del cuerpo (mímica, exteriorizaciones de afecto), recibió ahora una función nueva, pues se la usó para alterar la realidad con arreglo a fines. Se mudó en *acción*.¹¹

La suspensión, que se había hecho necesaria, de la descarga motriz (de la acción) fue procurada por el *proceso del pensar*, que se constituyó desde el representar. El pensar fue dotado de propiedades que posibilitaron al aparato anímico soportar la tensión de estímulo elevada durante el aplazamiento de la descarga. Es en lo esencial una acción tentativa con desplazamiento de cantidades más pequeñas de investidura, que se cumple con menor expendio (descarga) de estas.¹² Para ello se requirió un transporte de las investiduras libremente desplazables a investiduras ligadas, y se lo obtuvo por medio de una elevación en el nivel del proceso de investidura en su conjunto. Es probable que en su origen el pensar fuera inconciente, en la medida en que se elevó por encima del mero representar y se dirigió a las relaciones entre las impresiones de objeto; entonces adquirió nuevas cualidades perceptibles para la conciencia únicamente por la ligazón con los restos de palabra.¹³

2. Una tendencia general de nuestro aparato anímico, que puede reconducirse al principio económico del ahorro de gasto, parece exteriorizarse en la pertinacia del aferrarse a las fuentes de placer de que se dispone y en la dificultad con que se renuncia a ellas. Al establecerse el principio de rea-

¹⁰ [«*Urteilsfällung*».] El concepto (emparentado con este) de «desestimación por el juicio» («*Urteilsverwerfung*») había aparecido ya en la primera edición del libro sobre el chiste (1905c), AE, 8, pág. 167 y n. 12, y fue luego examinado más detenidamente en «La negación» (1925b), AE, 19, págs. 254-6.]

¹¹ [Cf. el «Proyecto de psicología» (1950a), AE, 1, págs. 362-4.]
¹² [Cf. *ibid.*, págs. 377-80, y *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, págs. 588-9.]

¹³ [Cf. el «Proyecto de psicología» (1950a), AE, 1, págs. 408-20, y *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, págs. 566 y 604-5. El desarrollo de este tema se prosigue en la sección VII de «Lo inconciente» (1915e), AE, 14, págs. 193-201.]

lidad, una clase de actividad del pensar se escindió; ella se mantuvo apartada del examen de realidad y permaneció sometida únicamente al principio de placer.¹⁴ Es el *fantasear*, que empieza ya con el juego de los niños y más tarde, proseguido como *sueños diurnos*, abandona el apuntalamiento en objetos reales.

3. El relevo del principio de placer por el principio de realidad, con las consecuencias psíquicas que de él se siguen y que en esta exposición esquemática hemos condensado en un único párrafo, en verdad no se cumple de una sola vez ni simultáneamente en toda la línea. Pues mientras este desarrollo se cumple en las pulsiones yoicas, las pulsiones sexuales se desasen de él de manera muy sustantiva. Las pulsiones sexuales se comportan primero en forma autoerótica, encuentran su satisfacción en el cuerpo propio; de ahí que no lleguen a la situación de la frustración, esa que obligó a instituir el principio de realidad. Y cuando más tarde empieza en ellas el proceso de hallazgo de objeto, este proceso experimenta pronto una prolongada interrupción por obra del período de latencia, que pospone hasta la pubertad el desarrollo sexual. Estos dos factores —autoerotismo y período de latencia— tienen por consecuencia que la pulsión sexual quede suspendida en su plasmación psíquica y permanezca más tiempo bajo el imperio del principio de placer, del cual, en muchas personas, jamás puede sustraerse.

A raíz de estas constelaciones, se establece un vínculo más estrecho entre la pulsión sexual y la fantasía, por una parte, y las pulsiones yoicas y las actividades de la conciencia, por la otra. Tanto en las personas sanas cuanto en las neuróticas este vínculo se nos presenta muy íntimo, aunque las actuales consideraciones de psicología genética nos permiten discernirlo como *secundario*. La eficacia continuada del autoerotismo hace posible que se mantenga por tan largo tiempo en el objeto sexual la satisfacción momentánea y fantaseada, más fácil, en lugar de la satisfacción real, pero que exige esfuerzo y aplazamiento. La represión permanece omnipotente en el reino del fantasear; logra inhibir representaciones *in*

¹⁴ Como una nación cuya riqueza se basara en la explotación de sus recursos naturales y sin embargo reservase determinado ámbito a fin de que sea dejado en su estado primordial y a salvo de las alteraciones de la cultura (v. gr., el Parque Nacional de Yellowstone [en Estados Unidos]). [Aquí parece hacer su primera presentación la frase «examen de realidad» («*Realitätsprüfung*»). — Véase el análisis de las fantasías en «El creador literario y el fantaseo» (1908e) y en «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad» (1908a).]

statu nascendi, antes que puedan hacerse notables a la conciencia, toda vez que su investidura pueda dar ocasión al desprendimiento de displacer. Este es el lugar más lábil de nuestra organización psíquica; es el que puede ser aprovechado para llevar de nuevo bajo el imperio del principio de placer procesos de pensamiento ya ajustados a la *ratio*. Una parte esencial de la predisposición psíquica a la neurosis está dada, según eso, por el retardo con que la pulsión sexual es educada para tomar nota de la realidad y, además, por las condiciones que posibilitan ese retraso.

4. Así como el yo-placer no puede más que *desear*, trabajar por la ganancia de placer y evitar el displacer, de igual modo el yo-realidad no tiene más que aspirar a *beneficios* y asegurarse contra perjuicios.¹⁵ En verdad, la sustitución del principio de placer por el principio de realidad no implica el destronamiento del primero, sino su aseguramiento. Se abandona un placer momentáneo, pero inseguro en sus consecuencias, sólo para ganar por el nuevo camino un placer seguro, que vendrá después. Sin embargo, la impronta endopsíquica de esta sustitución ha sido tan tremenda que se reflejó en un mito religioso particular. La doctrina de la recompensa en el más allá por la renuncia —voluntaria o impuesta— a los placeres terrenales no es sino la proyección mítica de esta subversión psíquica. Las religiones, ateniéndose de manera consecuente a este modelo, pudieron imponer la renuncia absoluta al placer en la vida a cambio del resarcimiento en una existencia futura; pero por esta vía no lograron derrotar al principio de placer. La *ciencia* fue la primera en conseguir ese triunfo, aunque ella brinda durante el trabajo también un placer intelectual y promete una ganancia práctica final.

5. La *educación* puede describirse, sin más vacilaciones, como incitación a vencer el principio de placer y a sustituirlo por el principio de realidad; por tanto, quiere acudir en auxilio de aquel proceso de desarrollo en que se ve en-

¹⁵ La ventaja del yo-realidad sobre el yo-placer ha sido certeramente expresada por Bernard Shaw en *Man and Superman* {Hombre y superhombre} con estas palabras: «*To be able to choose the line of greatest advantage instead of yielding in the direction of least resistance*» {«Poder escoger la línea de la mayor ventaja en vez de ceder en la dirección de la menor resistencia»}. [La frase está puesta en boca de Don Juan y pertenece al «interludio mozarteano» del acto III. — Las relaciones entre el yo-placer y el yo-realidad se describen de manera mucho más elaborada en «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c). *AE*, 14. págs. 129-31.]

vuelto el yo, y para este fin se sirve de los premios de amor por parte del educador; por eso fracasa cuando el niño mimado cree poseer ese amor de todos modos, y que no puede perderlo bajo ninguna circunstancia.

6. El arte logra por un camino peculiar una reconciliación de los dos principios. El artista es originariamente un hombre que se extraña de la realidad porque no puede avenirse a esa renuncia a la satisfacción pulsional que aquella primero le exige, y da libre curso en la vida de la fantasía a sus deseos cróticos y de ambición. Pero él encuentra el camino de regreso desde ese mundo de fantasía a la realidad; lo hace, merced a particulares dotes, plasmando sus fantasías en un nuevo tipo de realidades efectivas que los hombres reconocen como unas copias valiosas de la realidad objetiva misma. Por esa vía se convierte, en cierto modo, realmente en el héroe, el rey, el creador, el mimado de la fortuna que querría ser, sin emprender para ello el enorme desvío que pasa por la alteración real del mundo exterior. Ahora bien, sólo puede alcanzarlo porque los otros hombres sienten la misma insatisfacción que él con esa renuncia real exigida, porque esa insatisfacción que resulta de la sustitución del principio de placer por el principio de realidad constituye a su vez un fragmento de la realidad objetiva misma.¹⁶

7. Mientras el yo recorre la trasmudación del *yo-placer* al *yo-realidad*, las pulsiones sexuales experimentan aquellas modificaciones que las llevan desde el autoerotismo inicial, pasando por diversas fases intermedias, hasta el amor de objeto al servicio de la función de reproducir la especie. Si es cierto que cada estadio de estas dos líneas de desarrollo puede convertirse en el asiento de una predisposición a enfermar más tarde de neurosis, ello nos sugiere hacer depender la decisión acerca de la forma que adquirirá después la enfermedad (la *elección de neurosis*) de la fase del desarrollo del yo y de la libido en la cual sobrevino aquella inhibición del desarrollo, predisponente. Así, los caracteres temporales, aún no estudiados, de ambos desarrollos, y su posible desplazamiento recíproco, cobran una significatividad insospechada.¹⁷

¹⁶ Véase la posición similar adoptada por Otto Rank (1907). [Cf. también «El creador literario y el fantaseo» (Freud, 1908e) y el párrafo final de la 23ª de las Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17), *AE*, 10, págs. 342-3.]

¹⁷ [Este tema se desarrolla en «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913), *infra*, págs. 344-5.]

8. El carácter más extraño de los procesos inconcientes (reprimidos), al que cada indagador no se habitúa sino veniéndose a sí mismo con gran esfuerzo, resulta enteramente del hecho de que en ellos el examen de realidad no rige para nada, sino que la realidad del pensar es equiparada a la realidad efectiva exterior, y el deseo, a su cumplimiento, al acontecimiento, tal como se deriva sin más del imperio del viejo principio de placer. Por eso también es tan difícil distinguir unas fantasías inconcientes de unos recuerdos que han devenido inconcientes.¹⁸ Pero no hay que dejarse inducir al error de incorporar en las formaciones psíquicas reprimidas la valoración de realidad objetiva y, por ejemplo, menospreciar unas fantasías respecto de la formación de síntoma por cuanto justamente no son realidades efectivas ningunas, o derivar de alguna otra parte un sentimiento de culpa neurótico porque en la realidad efectiva no pueda demostrarse que se cometió un delito. Tenemos la obligación de servirnos de la moneda que predomina en el país que investigamos; en nuestro caso, de la *moneda neurótica*. Inténtese, por ejemplo, solucionar un sueño como el que sigue. Un hombre, que cuidó a su padre durante su larga y cruel enfermedad letal, informa que en los meses que siguieron a su muerte soñó repetidas veces: *El padre estaba de nuevo con vida y hablaba con él como solía. Pero él se sentía en extremo dolorido por el hecho de que el padre estuviese muerto, sólo que no sabía.*¹⁹ Ningún otro camino nos lleva a la comprensión de este sueño, que parece absurdo, si no es el agregar «según el deseo del soñante» o «a causa de su deseo» a las palabras «que el padre estuviese muerto», y el añadir «que él [el soñante] lo deseaba» a las últimas palabras. El pensamiento onírico reza entonces: Era para él un doliente recuerdo el haber tenido que desearle la muerte a su padre (como liberación) cuando aún vivía, y cuán espantoso habría sido que el padre lo sospechase. Se trata, pues, del conocido caso de los autorreproches que siguen a la muerte de un deudo querido, y aquí ese reproche se remonta hasta el significado infantil del deseo de muerte contra el padre.

Los defectos de este pequeño ensayo, más preparatorio que concluyente, quizá sólo en escasa medida quedarán dis-

¹⁸ [Esto es ampliamente examinado en la 23ª de las Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17), *AE*, 10, págs. 335-6.]

¹⁹ [Este sueño fue agregado a la edición de 1911 de *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 5, págs. 430-1, poco después de publicarse el presente trabajo.]

culpados si los declaro inevitables. En estos breves párrafos sobre las consecuencias psíquicas de la adaptación al principio de realidad debí apuntar opiniones que de buen grado me habría reservado y cuya justificación ciertamente no exigiré pocos esfuerzos. Confío, no obstante, en que a los lectores de buena voluntad no se les escape el lugar donde en este trabajo pueda comenzar el imperio del principio de realidad.